

mendo de los gnósticos, Yaldabaoth, una máquina de hacer el mal, de codificar, unificar y totalizar fuerzas, que aplasta no precisamente al individuo —García Calvo define al individuo precisamente en su relación con el Estado—, sino al hombre en su espontaneidad, y a la naturaleza considerada como marco de sus posibles actividades. Los argumentos que esgrime el autor son tanto de naturaleza filosófica como histórica: estudia el Estado en todas sus manifestaciones a lo largo de la Historia de la Humanidad, y esclarece al mismo tiempo sus relaciones con el Imperio, con la cultura y con Dios, fuerzas todas que son, de un modo u otro, opresivas.

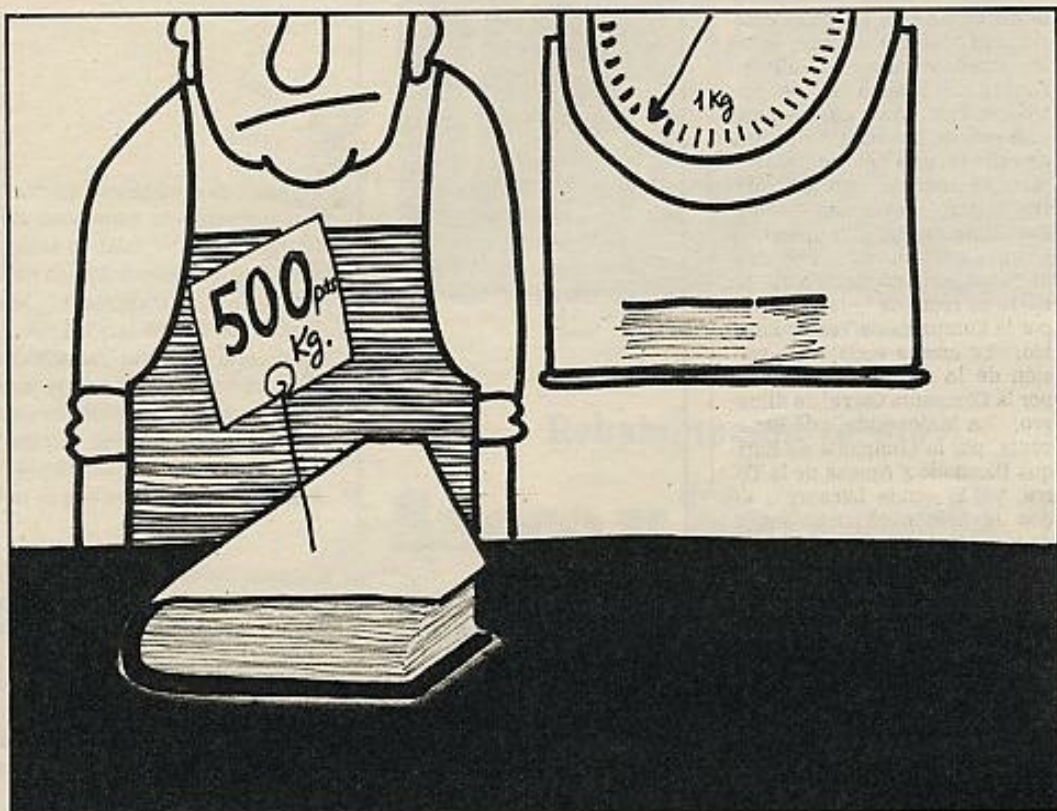
“Qué es el Estado” es un libro contra la muerte. Al negar una mentira, una negación de la vida, García Calvo se vuelve extraño y brillantemente afirmativo; escribiendo como lo hace, desde la más radical desesperanza su libro resulta, sin embargo, esperanzador: por su propia existencia, por su misma brillantez y claridad, permite pensar que quizá el Estado —esa suma total de las fuerzas de todos los “kapos” guardianes de nuestro campo de concentración— no sean tan perfectos, que existan en él fallas por donde atacarle; que tal vez este Jehová terráqueo, el Príncipe de este Mundo, no sean tan poderoso, puesto que sus rayos no han fulminado todavía a Agustín García Calvo. ■
EDUARDO HARO IBARS.

Crítica de los Evangelios

Los mejores especialistas franceses en el estudio de los Evangelios escriben dos tomos de “Sinopsis” (1), en los cuales aguzan su ingenio investigador para ordenar y analizar críticamente los acontecimientos conocidos de la vida de Jesús a través de los cuatro evangelistas, enriqueciendo este trabajo con muy diversos documentos antiguos que es necesario confrontar para poder llegar a valorar las palabras de Jesús, que no siempre están literalmente escritas en los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Algunos católicos se sorprenderán por esta actitud crítica, pero ya el famoso escritorista español del siglo XVI, el jesuita padre Maldonado, lo hacía en su época poniendo ejemplos significativos de las variaciones entre

(1) P. Benoit y M. E. Boismard, OP. “Sinopsis de los cuatro Evangelios”. Ed. Desclée, Bilbao, 1975 y 1977.



los evangelistas, adelantándose así al famoso sacerdote francés Richard Simon, que pocos siglos después inició las modernas investigaciones críticas de la Biblia desarrolladas más tarde en los siglos XIX y XX.

Edición muy cuidada en dos grandes volúmenes claramente impresos, y en los cuales se distribuyen los textos en columnas paralelas fácilmente compulsables, y que le hacen un imprescindible libro de consulta para quien se interese de un conocimiento científico del Evangelio. Sobre todo a los católicos les vendrá muy bien este trabajo para limpiar su mente de ingenuos comentarios y traducciones que carecen de verdadero valor crítico.

Los pasajes evangélicos son comparados con los evangelios apócrifos que tienen a veces un valor decisivo para reconstruir el texto o el sentido original. Cada uno de los cuatro evangelistas canónicos reconstruyeron las palabras primitivas de Jesús, y dieron un orden distinto a los acontecimientos que relataban, movidos por una finalidad religiosa que en cada uno de ellos era diferente.

Son de especial interés las referencias que en este libro se hacen al recientemente hallado Evangelio de Tomás, cuya versión copta fue encontrada en 1945, y cuya antigüedad es ma-

yor que la de nuestros conocidos Evangelios. Eso aumenta su interés, para comparar unos textos con otros, ya que este Evangelio de Tomás se conocía sólo parcialmente a través de un texto griego descubierto en 1897. Cada vez se valora más el primitivismo de este texto que no fue oficial en la Iglesia, y del cual uno de los autores de este libro de “Sinopsis”, el padre Boismard, OP, observa lo siguiente: “Presentamos algunos ejemplos en los que nos ha parecido que el Evangelio de Tomás ha seguido una tradición más antigua que nuestros Evangelios actuales”. De los 114 dichos de Jesús que en él se contienen, se recogen 80. En castellano no conozco ninguna edición de este Evangelio de Tomás, y por eso resulta doblemente importante su transcripción por los autores de esta obra, para que los creyentes y no creyentes conozcamos mejor algunos dichos de Jesús en la versión más cercana a su época.

Además se añaden otros textos interesantes desconocidos entre nosotros corrientemente: aquellos de los primeros escritores eclesiósticos que recogieron ciertas palabras y frases sueltas de Jesús, y que frecuentemente aclaran y explican el texto original de los cuatro evangelistas, que son considerados como los escritores oficiales del primitivo cristianismo.

Pienso que entramos en España en una nueva época religiosa en la que valorarán cada vez más los libros documentadamente críticos que tengan un bagaje científico como este que comento. Y se desecharán cada vez más tantas y tantas publicaciones y traducciones que han producido una inflación de escritos religiosos sin valor, a pesar de estar redactados con un lenguaje y unas imágenes literarias más modernas de las que eran usuales antes del Concilio en este campo. ■ **E. MIRET MAGDALENA.**

TEATRO

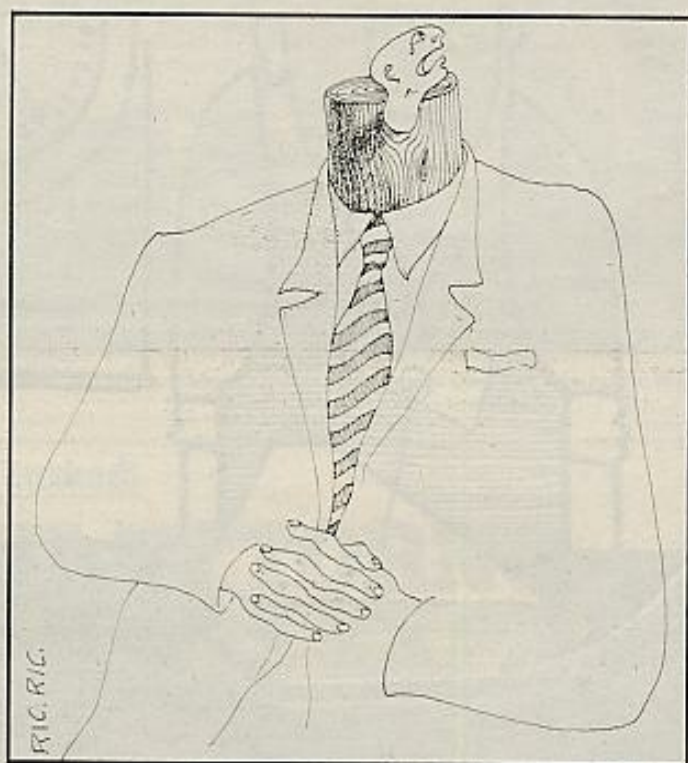
Festivales, punto y aparte

En la ciudad, sólo unos pocos esperaban los Festivales. Es una de tantas ciudades en las que apenas si existe el teatro o existe como actividad oscura, sostenida por un sector muy reducido. De pronto, en los periódicos ha aparecido un recuadro, con el anuncio de la programación. Las funciones serán al aire libre, es-

tamos en verano, y la convocatoria —un anuncio de pago entre los anuncios cinematográficos— augura la posibilidad de distraerse durante un par de horas al fresco de la noche. En la lista de espectáculos figuran dos recitales de canción, uno de guitarra, cuatro programas de "ballet", una ópera, una opereta y hasta cuatro espectáculos dramáticos. Son, exactamente: "La tierra es redonda", de Salacrou, por la Compañía de Teatro Retablo; "La lozana andaluza", versión de la novela de Delicado, por la Compañía Corral de Almagro; "La Malquerida", de Benavente, por la Compañía de Enrique Diosdado y Amelia de la Torre, y "El conde Lucanor", de don Juan Manuel, como sesión de teatro infantil presentada por el Teatro Estable de Jóvenes.

En la lista figuran una serie de nombres solventes. Pero, ¿por qué esos cantantes y no otros? ¿Qué criterio los agrupa? Y en el capítulo puramente dramático, ¿por qué esos títulos y esas compañías? No lo sé ni se ha hecho pública la razón. Son cuatro títulos nada nuevos, que, igual que este año pudieron hacerse el pasado, o el otro, a menos, claro, de tropezar con la espiritualidad de los que se avergonzaban de Delicado —el inevitable don Marcelino creyó firmar de una vez por todas la condena— o veían con inquietud los crípticos paralelismos políticos sugeridos por la obra de Salacrou. En cuanto a las compañías, poco o nada sabe el espectador provinciano. De Enrique Diosdado y de Amelia de la Torre sí, por supuesto. La idea de ver a los dos haciendo "La malquerida" tiene incluso para muchos el valor de un reencuentro con el pasado. Pero de la Compañía Corral de Almagro, de reciente formación; de la Compañía Retablo y de ese inquietante Teatro Estable de Jóvenes, casi nadie sabe nada, la verdad. Lo cual no es artísticamente grave, puesto que el trabajo de esas tres hasta ahora desconocidas compañías puede ser excelente; pero quizá sí lo es a la hora de despertar el interés de un público muy poco dispuesto a ello.

¿Ayudarán los "medios de comunicación social" a paliar el problema? Triste esperanza. La verdad es que en el periódico local de más prestigio —ese que dedica varias páginas a hablar de la futura autonomía y de las carencias culturales de la ciudad— han salido del paso con una gaceta y un recuadro pagado. ¿Será por la raíz "centralista" de los Festivales? Es evidente que no. Pues ni siquiera eso se



discute. Aparte de que en la programación hay obras y gentes que valen la pena. Simplemente al director del periódico, como representante de la "cultura ciudadana", el teatro le trae sin cuidado.

Debajo del cartel, la cita de los patrocinadores: "Teatros Nacionales y Festivales de España. Excelentísimo Ayuntamiento de...". Lo que nos lleva a otra pregunta: ¿creerá acaso el Ayuntamiento que "cumple" con aportar su parte de subvención? Me entero, y me limito a constatar el dato, que el alcalde es de Alianza Popular y está en el puesto desde hace varios años...

Así, con sus pequeñas variantes, han ido transcurriendo los quinquenios. Hasta llegar a este verano del 77, en el que tantas cosas deben razonablemente empezar a cambiar. Una, en lo que al teatro se refiere, el concepto de "Festivales de España", una institución que si tuvo a su favor el encomiable propósito de llevar a todo el país una serie de espectáculos de "calidad" —nacionales e internacionales—, tuvo en su contra la selección centralista de tales espectáculos y su presencia puramente episódica —como parte de un programa de feria— en la vida teatral de cada ciudad.

En el fondo, es obvio que todo ello respondía a un concepto "verticalista" de la política cultural. Si, a partir de ahora, la Administración se plantea seria-

mente otro tratamiento del tema, si va adelante el proceso de afirmación de las diferenciadas personalidades que conviven dentro del Estado español, si las próximas elecciones municipales instauran una gestión más atenta a los bienes y servicios culturales de cada ciudad, si los "medios de comunicación" no restringen su "responsabilidad" al sensacionalismo político, los Festivales, tal y como han sido concebidos hasta ahora, pasarán a mejor vida, sustituidos por unas manifestaciones mucho más ligadas a la realidad social. Tanto en la selección —debatida públicamente— de los espectáculos, como en la inserción de trabajos generados en la misma ciudad, como en la relación entre esa manifestación y la vida teatral cotidiana, como en una política de información y de atracción de públicos que corresponda al carácter fuertemente subvencionado —con todas las implicaciones que ello trae consigo— de esas representaciones. Objetivo, digámoslo claramente, que no va a alcanzarse ni por decreto, ni por la buena voluntad de unos pocos ni por la declaración programática de ningún partido, sino a través de un nuevo concepto público de la cultura.

Hasta que eso llegue, intentaré comentar, a través de las correspondientes críticas, el valor de los espectáculos que cubren la última temporada de los Festivales de España. Y que van a ser,

durante todo el verano, la "única posibilidad" de ver teatro en tantos lugares. ■ JOSE MONLEON.

Salacrou: El "fascista" Savonarola

Con una proclamada voluntad "descentralizadora", la nueva Compañía Retablo se ha lanzado a la Campaña de Festivales del 77. La verdad es que, en este punto, tal proclamación sólo es verdad a medias, pues si es cierto que la Compañía presentará su trabajo en muchos lugares antes de hacerlo en Madrid, no lo es menos que lo hará gracias a un organismo muy enraizado en la Administración Central, que asegura una cantidad fija a cada Compañía y que sustrae a éstas de los graves problemas que supone hoy, después de tantos años de centralismo, una respuesta teatral asentada lejos de Madrid.

Dicho lo cual, conviene apresurarse a señalar que la Compañía Retablo ha montado una interesantísima versión de "La Tierra es redonda", de Salacrou, que esperan llevar al María Guerrero el próximo otoño. Espectáculo que, estamos seguros, va a ser, en lo que al capítulo dramático se refiere, no ya de los puntos altos de los Festivales, sino del teatro que, no importa en qué lugar del país, podrá verse este verano.

Se centra "La Tierra es redonda" —sin duda la obra más ambiciosa y más estimulante de Salacrou— en la etapa en que Savonarola se enfrentó, en nombre de un concepto mortificante de la moral, con lo que consideraba depravación de la corte papal y de la sociedad católica. Estábamos a finales del siglo XV. El mundo empezaba a saber que la Tierra era redonda. Los Borjas dirigían la cristiandad desde Roma. El Renacimiento planteaba una nueva concepción de la libertad, del placer y del individuo, mientras que en la Florencia de los Médicis crecía la figura medievalista e intolerante de Jerónimo Savonarola. Para Salacrou lo fundamental era contraponer el concepto encarnado por Savonarola —una vida hecha en el "temor de Dios", asentada en el Juicio Final y en el pecado de cualquier complacencia en los bienes terrenales— a los